

Cultura e identidad en la frontera México-Estados Unidos

de Héctor Padilla y Consuelo Pequeño
Universidad Autónoma de Ciudad Juárez
México, 2009

Salvador Cruz Sierra¹ y Sonia Bass Zavala²

¹ Investigador de El Colegio de la Frontera Norte, sede Ciudad Juárez.

² Docente-investigadora de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.

Fecha de recepción: 4 de junio de 2008
Fecha de aceptación: 9 de noviembre de 2008

Cultura e identidad, dos formas de pensar la subjetividad, se concretan en cuerpos que reencarnan visiones de mundo, prácticas, actitudes, y relaciones que delinearán sentidos y producen conciencia de quién se es y de lo que no se es. *Cultura e identidad en la frontera México-Estados Unidos*, libro coordinado por Héctor Padilla y Consuelo Pequeño, invita al debate, siempre complejo, de la imbricada relación entre el individuo y su entorno, entre el nosotros y los “otros”, que llega a responder a la pregunta, a veces no formulada ¿de quién soy yo?, en este caso, visión de quienes miran de este lado, del lado mexicano.

La pregunta por sí misma no es al vacío, se ancla en un espacio físico, geográfico y simbólico específicos, y obedece a un tiempo en la historia. En este caso nos ocupa el pensar la identidad en la frontera norte del país. A nuestra llegada a Ciudad Juárez nos hicieron saber que “el sur comienza de Chihuahua hacia abajo”. Qué móviles y flexibles son las fronteras cuando se trata de distanciarnos o de acercarnos a los otros por deseo propio, cuando las desplazamos a bordes que más nos convengan, y qué duras y firmes las sentimos cuando la diferencia y el rechazo se imponen como forma de distancia. Como foráneos, o casi recién llegados a la ciudad, el presente libro nos ha permitido indagar en la forma en como piensan hombres y mujeres de la frontera norte del país, y nos ha llevado a la inquietud por conocer lo que podría llamarse una identidad juarense, fronteriza o transfronteriza.

Los textos que componen esta compilación y que son agrupados en tres apartados —Narrativa y prácticas transfronterizas, Arte y consumo cultural, e Historia y antropología—, tienen, en principio, al menos tres puntos en común: la frontera, la identidad y la cultura; sin embargo, también nos hablan del poder, de las resistencias y de la conformación de determinadas subjetividades. Los ensayos que integran esta compilación aportan un importante material para pensar la subjetividad fronteriza: ¿cómo se describiría?, ¿cómo se puede distinguir de otras subjetividades?

Prácticas fronterizas

Como parte del primer apartado, “Narrativa y prácticas transfronterizas”, está compuesto por tres trabajos. El primero de Consuelo Pequeño con el título *Trabajadoras fronterizas del transporte público: dos historias de vida*; el trabajo de Héctor Padilla, *En el puente con la migra. Anecdotario de la vida fronteriza*, y el de Guillermo Alonso-Meneses, *Janos identitarios, centauros culturales. Estudiantes transfronterizos de Tijuana-San Diego como una realidad mexicana incómoda*.

El de Consuelo Pequeño presenta las vivencias de dos mujeres trabajadoras del transporte público. La autora señala que su interés por presentar este tipo de experiencias, es que los estudios sobre mujeres trabajadoras en Ciudad Juárez se han concentrado particularmente en actividades ligadas a la maquila. Las historias de Evangelina y Estela relatan sus experiencias, la primera como propietaria de camiones y la segunda como operadora (chofer) de un camión de “ruta”. Ellas hablan sobre las situaciones que las orillaron a ingresar a ese sector, un ámbito dominado por hombres, donde requerían de ciertas habilidades que tuvieron que incursionar y, sobre todo, la dificultad para combinar el trabajo con sus tareas familiares.

La historia de Evangelina centrada en la necesidad de trabajar a temprana edad para ayudar a su familia, forjándole un carácter que después de casada le permitió desarrollarse en la industria del transporte. Se lanzó en una empresa familiar comprando una pipa de agua, para enfrentar una serie de problemas económicos, demostrándole a su esposo que ellos mismos podían ser sus patrones.

Esta mujer se reconoce como una figura clave en la toma de decisiones en la familia. Para Evangelina no es tan importante quedarse en la casa para realizar las tareas domésticas, sino llevar las riendas de su negocio. El rompimiento del estilo de vida de mujer tradicional, que la llevó a enfrentar una vida carente económicamente hasta la de ser parte de una cooperativa de transporte local en Guadalupe, Distrito Bravos, muestra lo que ciertas mujeres pueden enfrentar un mundo dominado por hombres.

En el caso de Estela, una operadora del transporte de “ruta” pública, que inició su trabajo en 1999, animada por su esposo, dice que

aprendió sola a manejar el camión y que tuvo que realizarse las mismas pruebas que los hombres: *antidoping*, carta de no antecedentes penales, licencia, entre otros documentos. Lo que la motivó a trabajar como chofer de “ruta” es fundamentalmente por el tiempo que puede pasar con sus hijas, ya que trabaja y cuida a sus hijas a la vez.

Uno de los principales obstáculos que vive es la exclusión que sufren por parte de los hombres, quienes dicen que mejor deberían estar en su casa “lavando trastes o cocinando”. En ocasiones otros compañeros las agreden “echándoles” el camión encima. En un principio no estaba segura si aguantaría la presión, pero ahora también ella les “avienta” el camión. En su opinión, los hombres reaccionan así por machistas, celosos de que ellas (las mujeres) realicen ese tipo de actividades. Sin duda, dice, es discriminación lo que viven las mujeres en el ramo del transporte de “ruta” pública; además, sus esposos no las dejan trabajar en este tipo de empleo. Para ella, insiste, se necesita tener “ganar y carácter” para ser chofer.

El trabajo de Héctor Padilla —*En el puente con la migra. Anecdotario de la vida fronteriza*— plantea las experiencias del cruce fronterizo que viven jóvenes estudiantes, mujeres y hombres, que dotan de sentido el acto mismo del paso al “otro lado”. Acto que conjuga espacio, tiempo, interacción, encuentro, emociones, pero también encrucijada y discriminación. Para algunos, el cruce puede significar un acto rutinario y desprovisto, aparentemente, de connotación afectiva; para otros, puede representar una constante confrontación que no cesa de generar sentimientos de degradación ante la actitud prepotente y racista de algunos agentes de migración que, posicionados como autoridad, representan el papel de tirano.

La pregunta que Padilla se formula en su ensayo es sobre los efectos que tiene la frontera en la subjetividad de los habitantes y lo que ocurre en el cruce. Para el autor, el aspecto más interesante de la subjetividad se detecta en la incertidumbre que muestran los jóvenes sobre cómo será la experiencia. Sin embargo, considero que el trabajo tiene un alcance mayor, pues muestra la compleja intersección entre espacio, intersubjetividad, poder y violencia.

Los grandes contrastes culturales y económicos entre México y Estados Unidos, que bien señala el autor, encuentran su correlato en las relaciones de poder asimétricas entre sujetos sociales que se asumen como mexicanos, norteamericanos o México-americanos, y que por consiguiente reproducen actitudes y comportamientos diferenciados con base en el origen social y racial. El acto del cruce fronterizo tiene su punto más contundente en el encuentro entre dos subjetividades: una encarnada en el cuerpo de un oficial de migración, y otra, en la del extranjero, acto que recrea el juego de poder entre quien se posiciona como autoridad o ley, y quien se sabe en desventaja ante ese otro. Esa interacción cara a cara, puede generar en el agente claras actitudes discriminatorias, racistas, xenofóbicas, e incluso sexistas, al parecer más acentuadas si el oficial es de origen hispano o mexicano.

La desigualdad estructural marca una buena parte de lo que somos y deseamos, y por ende, de cómo nos relacionamos con los otros. Si entendemos que las relaciones intersubjetivas están estructuradas bajo este esquema asimétrico, se comprende el porqué algunas subjetividades se posicionan en un lugar de inferioridad y son más vulnerables o más sensibles al llamamiento del orden del poder, en este caso de quienes se ubican del otro lado, del lado norteamericano.

El trabajo de Guillermo Alonso-Meneses, *Janos identitarios, centauros culturales. Estudiantes transfronterizos de Tijuana-San Diego como una realidad mexicana incómoda*, presenta un acercamiento de una comunidad existente de Tijuana para quienes la frontera y su experiencia transfronteriza “profunda”, los lleva a desarrollar una actividad en ambos lados de la frontera, marcando un estilo de vida, hábitos, manera de actuar, visión de mundo y su identidad, dejando ver la doble dimensión mexicana y estadounidense. Transformándolos en ciudadanos binacionales con una adaptación cultural a la realidad fronteriza entre Tijuana-San Diego.

Estos ciudadanos están familiarizados con las normas culturales y los valores de ambas sociedades. Esta comunidad transfronteriza, que vive en Tijuana y estudia o trabaja en San Diego, ve limitado su vínculo por el endurecimiento del control en los puntos de entrada y

la creación de nuevos centros educativos de calidad en Tijuana, que desincentivan los estudios en San Diego.

Los factores para entender las interacciones fronterizas y transfronterizas, son la extensión e intensidad en un marco heterogéneo y asimétrico.

Sin duda, las claves para entender la realidad transfronteriza, con un estilo de vida que les otorga identidad, es que estos residentes son una especie de *centauros culturales* de la región fronteriza, cuya mexicanidad está apuntalada con potentes elementos estadounidenses y viceversa, y su génesis identitaria es diferente a la de los chicanos o la de los inmigrantes.

El segundo apartado, “Arte y consumo cultural”, lo componen tres artículos, que tienen como eje transversal el asunto de la identidad. El arte como expresión de la cultura, como reflejo de la idiosincrasia y afectividad de un pueblo, de una sociedad determinada, manifiesta la diversidad de visiones, de experiencias y de posibilidades de posicionarse en forma diferente con relación a los otros. El primero, de Patrice Giasson, “México-Estados Unidos-México. Tres artistas mexicanos pensando la frontera”; el segundo, de Graciela Silva-Rodríguez, con el título “Terramara (2004) de Estela Alicia López Lomas: transgresión y resistencia identitaria en la frontera” y el tercero, de Karla Y. Covarrubias y Ana B. Uribe Alvarado, “Representación de lo colimense. Análisis de la recepción de la telenovela *Contra viento y marea* en Colima y en Los Ángeles, California”.

La temática de la frontera, como punto central de los trabajos, implica una lectura desde la subjetividad, en tanto que contrasta identidades, poderes y resistencias. En el trabajo de Patrice Giasson, titulado “México-Estados Unidos-México. Tres artistas mexicanos pensando la frontera”, se plantean tres diferentes experiencias con relación a la frontera, y por ende, posiciones divergentes respecto al otro que, en este caso, toma forma en la figura del hombre norteamericano, el vecino del norte, que sin mediar género ni clase social, podemos suponer, se visualiza bajo un rostro masculino, blanco, heterosexual, de clase media.

En su análisis, Giasson recurre a un muralista, a un grabador y a un *performancero*. El muralista, Ariosto Otero, del Distrito Federal, que por motivos de resistencia política se niega a ingresar a Estados Unidos, refleja en su obra la lucha ideológica entre dos culturas: la mexicana y la estadounidense. El grabador, Nicolás de Jesús, originario del estado de Guerrero, que vivió por un periodo de tiempo en Estados Unidos pero que decidió regresar a México ante el racismo vivido en ese país, plasma en su obra el dolor y muerte de los migrantes causado por la xenofobia prevaleciente en el vecino país del norte. Y el *performancero*, Guillermo Gómez Peña, artista chicano que ha vivido y desarrollado su obra en Estados Unidos, pero que en su caso propone romper con los binarismos simplistas y apunta a las identidades múltiples. Gómez Peña invoca a superar toda forma de nacionalismo y propiciar nuevos espacios de intercambio.

La reflexión que queda del trabajo de Patrice Giasson, es justamente el reconocimiento de las diversas formas de interpretar el mundo y de transformarlo al interactuar con él, reconfigurando la relación con el “otro” en el campo bicultural, y que se encarna en las relaciones cotidianas de la vida fronteriza del mexicano y del norteamericano. El reconocimiento de las comunidades multirraciales, la multiculturalidad y la interculturalidad son perspectivas que se vienen proponiendo desde hace varias décadas para dar cuenta de la realidad social, pero que son difíciles de concretar en la investigación empírica. Problematicar la identidad, lo homogéneo, lo regional, es el gran reto, aunque por otra parte, no nos queda más que reconocer la diversidad. ¿Es acaso esta visión de la identidad múltiple y de las comunidades multirraciales lo que permite hablar de identidades transnacionales, de identidades fronterizas?

En un segundo trabajo de este apartado, de Graciela Silva-Rodríguez, titulado “Terramara (2004) de Estela Alicia López Lomas: transgresión y resistencia identitaria en la frontera”, la autora intenta cuestionar la temática de la mujer desarraigada que es injertada en la frontera y que le obliga a confrontarse con lo que es y con lo que no es, con lo propio y con lo “otro”. Para Silva-Rodríguez, la obra literaria ci-

tada es el pretexto para que la escritora se reinvente, exprese su pasión por vivir, emprenda la búsqueda por un nuevo rostro e identidad.

La trama que se desarrolla en la novela que analiza Silva-Rodríguez, es la relación entre una madre y su hijo; la primera, encarnada en Mara, que vive desarraigo, destierro, exilio, pues llegó de una región del centro para instalarse en la ciudad fronteriza de Tecate, y el hijo, de padre norteamericano, llamado David, nacido en la frontera, que mira siempre hacia Estados Unidos. Entre ambos se contraponen lo antiguo y lo moderno, la “mexicanería” y lo anglo. La madre, que siempre mira al pasado y percibe el racismo que prevalece del otro lado hacia los mexicanos, y el hijo, que su mirada está puesta en su incorporación a la cultura norteamericana.

El aporte de dicho artículo es la problematización de la identidad, vista como una búsqueda personal y no una imposición o una transmisión; es la dialéctica entre permanencia y cambio, continuidad-discontinuidad; es el encuentro con el “otro”, la confrontación entre quienes miran al de enfrente como el “otro”. Con el agregado, en este caso, de un cierto matiz de género, al resaltar en la trama las diferencias generacionales entre mujeres, y los saberes y prescripciones sociales de aquellos sujetos que se posicionan en la categoría “mujer”, que están consignadas a seguir.

Finalmente, el tercer trabajo “Representación de lo colimense. Análisis de la recepción de la telenovela *Contra viento y marea* en Colima y en Los Ángeles, California”, de Karla Covarrubias y Ana Uribe, presenta un análisis de la percepción de dicha telenovela por tres públicos específicos: mujeres jóvenes universitarias, hombres jóvenes universitarios y mujeres adultas no universitarias. Los resultados, no del todo sorprendentes, muestran una negativa a una identificación social, individual, cultural e incluso espacial. Los motivos para el rechazo unánime de la imagen que se presenta de la sociedad y, particularmente, de la mujer colimense, es su distancia de lo que se consideran los verdaderos valores, tradiciones, lenguajes y prácticas diversas que consideran sus habitantes tener.

Cultura, identidad y frontera nos habla de la recreación de la subjetividad en los bordes que delinear los límites entre lo mismo y lo

distinto, entre el *self* y lo “otro”. La estrecha relación entre el par identidad/alteridad no necesariamente significa homogeneidad de uno y otro lado, ni tampoco una disociada u opuesta visión identidad personal/identidad social, sino una pluralidad en la singularidad y una reciprocidad de miradas. En este sentido, la frontera marca una línea divisoria que a su vez da forma a múltiples rostros, heterogeneidad de espacios, diversidad en estilos de vida, y por ende, variedad de sujetos sociales que significan de forma particular la vida en la frontera.

En las relaciones entre mexicanos/estadounidenses, hombres/mujeres, heterosexuales/homosexuales, entre otros, cabe preguntarse por las fronteras, porque, como hemos visto, no sólo son muros físicos los que nos separan, sino también simbólicos, que no sólo son impuestos del exterior sino también erigidos desde el interior. Lo que resulta fundamental observar en estas fronteras, en estas relaciones entre unos y otros, son las asimetrías existentes, pues estas relaciones son mediadas por el poder que se convierte en actitudes, gestos, prácticas y produce efectos concretos; puede generar discriminación, segregación y marginalización, y con ello, violencia y dolor. Reconocer esto puede ser, como señala Padilla, otorgarle el sentido humano de nuestra labor.

El tercer apartado, “Historia y antropología”, está compuesto por dos trabajos, con una visión histórica sobre los diferentes momentos que han caracterizado la relación entre México y Estados Unidos, desde la frontera Juárez-El Paso. El primero de Víctor Orozco titulado “Una narración histórica: Los primeros cien años en las relaciones Juárez-El Paso. Y el segundo de Paulina del Moral González, “El señor de Mapimí y los reales mineros. La difusión del culto cristocéntrico hacia Nuevo México”.

El trabajo de Víctor Orozco trata de reconstruir la historia de Juárez y El Paso entre la segunda mitad del siglo XIX y parte del XX. A pesar, como dice el autor, que esta frontera ha sido objeto de múltiples análisis y relatos, aún no se conoce del todo el denso proceso histórico que ha permeado esta región limítrofe entre México y Estados Unidos. Sin duda, acercarse, a pesar como dice Orozco, con una cierta dosis de arbitrariedad en la selección de los hitos históricos narrados, éstos han marcado la relación entre las dos ciudades vistas por algunos como

hermanas, diferentes, similares, rivales o por otros como gemelas, siamesas, interdependientes, enfrentadas, como han sido conceptualizadas en repetidas ocasiones.

Cada apartado ofrece datos relevantes y que son significativos en cada uno de ellos. Así en los comienzos cuando en 1848 se estableció la frontera entre los dos países en la antigua villa Paso del Norte, fundada como establecimiento hispánico casi doscientos años antes. Pasando por el Tratado de Paz y los conflictos posteriores, se convino que el pueblo Paso del Norte constituyera la frontera entre México y Estados Unidos, a pesar de que las coordenadas con las que se identificó su ubicación no eran exactas.

En agosto de 1865 se instauró el gobierno republicano con la llegada de Benito Juárez a la villa Paso del Norte, concluyendo en este mismo año en Estados Unidos la Guerra Civil. Sin embargo, el gobierno de Abraham Lincoln tenía relaciones diplomáticas con el republicano de Juárez, pero mantuvo un estricto embargo de armas, impidiendo su venta a las tropas juaristas, entre otros relatos.

En este siglo la frontera entre México y Estados Unidos fue definida, de acuerdo con Orozco, en la pródiga tierra del Río Bravo o Grande, que alberga dos ciudades con destinos separados pero a la vez unidos, en este entramado de relaciones complejas a través del tiempo, que han producido un espacio físico conurbado binacional, cuya actividad es una de las más intensas del mundo.

El segundo trabajo de Paulina del Moral González, “El señor de Mapimí y los reales mineros. La difusión del culto cristocéntrico hacia Nuevo México”, trata de contextualizar el culto del señor de Mapimí, con respecto a otros cristos milagrosos que se veneraron, desde Zacatecas a Chihuahua, en algunos reales mineros en la época colonial. Y cómo éstos impactaron en la vida económica, social y religiosa a lo largo del Camino Real de Tierra Adentro.

El culto al señor de Mapimí, de acuerdo con la autora, ha perdurado por varios siglos gracias al cultivo de la tradición mediante vínculos expresivos: el mito-leyenda y el ritual. El origen de este Cristo se desconoce y las hipótesis más recurrentes se concentran básicamente en dos líneas. La primera, que fue traído por religiosos evangelizadores de

la zona; o la segunda, que fue financiado por algún empresario minero, con el fin de integrar económica, demográfica y socialmente la región septentrional de la Nueva España. Sin olvidar la dinámica religiosa que se generó en torno a la imágenes crísticas en las localidades mineras de los siglos XVII y XVIII.

Este libro, sin duda, cubre un amplio espectro de la cultura y la identidad en la frontera México-Estados Unidos, la cual puede ser comparable, de acuerdo con Guillermo Alonso-Meneses, en su extensión de 3152 km. Esta vasta región con intereses, vínculos y relaciones trasfronterizas que se han dado históricamente en contextos complejos y últimamente densos, con procesos de “transculturación” y adaptaciones socioculturales especiales, por no decir *sui generis*.

Referencias bibliográficas

- Augé, Marc. *El sentido de los otros*. Barcelona, Paidós Básica, 1996.
- Foucault, Michel. *Tecnologías del yo, y otros textos afines*. Introducción de Miguel Morey. Barcelona, Paidós y Universidad Autónoma de Barcelona, 1990.
- Izquierdo, María Jesús. “Lo que cuesta ser hombre: costos y beneficios de la masculinidad”. *Conferencia dictada en el Congreso, Emakunde*, 2008.